

La poesía vermácula de Olinto Maria Simois

Algunos de sus poemas

La poesía lugareña, de Olinto Maria Simois, no es una producción abundante.

Sus versos de este género, no han de pasar de siete u ocho: Canto a la ciudad de Rivera, Calle Brasil, Plaza Bonet, Las Cometas, Carnaval. Rivenense, Nenena.

Estos son sus composiciones de calor y colorido lugareño.

Simois ha captado en sus estrofas, siempre moldeadas con limpidez de expresión y moduladas con motivos rigurosamente locales en el paisaje de «nuestros alrededores pintorescos que revientan en flor por todas partes» como dice en Himno a Rivera; ha captado tipos de nuestro medio; costumbres de este pueblo...

Los «Juan Barullo», los Joaquín Rasgado», las «Maria das Dores», las «Nenenas», los juego del «sapon», las cometas multicolores del Cerro del Marco; el carnaval de pueblo, con sus «quitandas» en la plaza pública, y tantos otros personajes, cosas y costumbres que aveces añoramos hoy, mecidos en este ritmo agitado de vida moderna y difícil.

Es característica en el verso de Simois, no solo la pureza y cristalinidad de sus estrofas, sino la verdad y justicia con que pinta. No altera sus colores emocionales ni amenera a sus personajes.

El ritmo de su verso está dado con habilidad y gracia musical.

El ritmo no solo da musicalidad a la poesía, desde luego: Es, sobre todo, el elemento con que el arte poético puede expresar la emoción o los movimientos del espíritu.

Simois ha distribuido en sus composiciones los acentos tónicos de forma que prendió en la armazón vocal, la apasibilidad de nuestro espíritu lugareño.

La serenidad de su voz en el verso, tiene origen en la serenidad captada a travez del propio motivo.

En aquella su composición, titulada las Cometas, ha logrado componer con tanta exactitud entre el motivo, ha forma de expresión y el ritmo

del verso, que cuando terminamos de leerla, nos queda una suavidad en los ojos, en los oídos y sobre el corazón, como si el leve balanceo de la «estrella», o el rítmico revolucionar del «marimbondo» con su cántico rumoroso, bajaran del azul cielo fronterizo, para hacerse sensibles a nuestros sentidos.

Pero antes de ponernos a mirar sus versos busquemos la contestación a esta pregunta:

Se puede hablar de una filosofía en la obra poética de Simois..?

Si tomamos la pregunta en cuanto ella se refiere a un sistema escolástico determinado contestaremos que no.

Se entiende generalmente por filosofía, un sistema ideológico que pretende reglamentar — despues de haber encontrado la explicación de lo físico, de lo psicológico o de lo metafísico — la vida humana.

No nos referimos a esto, al sistema filosófico, a la escuela filosófica.

Nos referimos a la contextura espiritual del poeta. — A cómo es el poeta en su condición de valor humano, frente a la vida y a las cosas de la vida.

Como actúa y cómo reacciona?

Y esto es lo importante acá.

La obra artística debe ser obra viviente, porque el arte debe actuar.

Más: debe apegarse al espíritu humano y debe aspirar, sobre todo, a trascender en el alma colectiva.

El arte ha tenido siempre una militancia social.

Por lo tanto su esencia, que es lo viviente que lo anima o la parte de vida tiene en sí — que es en el fondo, el alma del artista desdoblándose en lo obra ya sea plástica, literaria o musical — por lo tanto su esencia, decíamos, debe tenerse siempre en cuenta y en el primer plano para su valoración.

Porque como hay vidas enfermas, hay artes enfermas.

El pesimismo predominante en el arte, no solo es un mal artístico, sino que fructifica en mal social.

Pues bien, expresa el poeta Si-

mois, alguna conformación definida de su espíritu y de sus concepciones en sus versos?

Contestamos a este pregunta, examinando — claro que en forma muy sintética, alguna de sus composiciones como ser Nenena, que a continuación transcribimos.

NENENA

Nenena era amiga de todos nosotros y éramos nosotros todos sus amigos, desde los felices tiempos de la escuela donde penitencias y juegos partimos.

«El Zorro» por ella se dió de trompadas con otro muchacho que una vez le dijo no sé que piropo; y el rengo Araújo para ella robaba duraznos conmigo.

Felipe, el sobrino del almacenero, le llevaba masas y pasas de higo, y Nicasio, el hijo del talabarero, le hizo una cartera de piel de zorrino.

Y la vez aquella que al dejar la escuela de pura machona se luxó un tobillo, recuerdo que «el Gringo» la tomo en [sus brazos] y hasta la botica la llevo solito.

Tampoco me olvido quando estuvo grave «El Mono» con tifus, que fué de Nenena la primer visita que el enfermo tuvo de sus condiscípulos

Pero el tiempo pasa; las costumbres [cambian; los ambientes nuevos nos tornan distintos; e insensiblemente vamos olvidando lo que ayer quisimos.

Regreso Nenena de Montevideo en donde estuviera dos años y pico; pero esta muchacha ya no es la Nenena con quien penitencias y juegos partimos.

Está tan cambiada que ayer por la calle cruzo junto al «Gringo» y solo porque éste le grito ¡Nenena!, airada le dijo: «¡No sea atrevido!»

¡Parece mentira que esó hubieses hecho tan luego muchacha con el pobre [«Gringo», el mejor amigo que tuvimos todos y el que más te quizo!

Medita Nenena que mañana puede hacer que tropieces de nuevo el [destino...

!Y quien sabe, entonces, si mañana [encuentras otra vez al «Gringo! que cargue contigo!

Considerando esta composición — tan sencilla y tan bella — desde aquel ángulo a que nos referíamos hoy, encontramos una reacción anímica del poeta expresada en esta estrofa de resignada tristeza; si se quiere, pero de una convicción que lo hiere:

«Pero el tiempo pasa; las costumbres cambian; los ambientes nuevos, nos tornan distintos, e insensiblemente vamos olvidando, lo que ayer quisimos.

Y esta transformación, trae a su espíritu un profundo desencanto porque el espíritu humano está hecho de forma tal que tiende casi siempre a olvidar con mayor presteza el bien recibido.

Quisiera este poeta que canta a la vida porque canta lo afirmativo, y lo afirmativo es optimismo y esperanza que hacen la fe, quisiera que el corazón humano fuera menos voluble.

Que en nuestros corazones quedaran intransformables el bien y el amor.

Que lo anímico humano sea como el panal de rubia miel ofreciendo a la vida su dulzura para exuberarla y hacerla más fecunda.

Regreso Nenena de Montevideo, en donde estuviera dos años y pico; pero esta muchacha ya no es Nenena con quien penitencias y juegos partimos.

He aquí nuevamente la visión incomoda.

Nenena ha borrado de su alma la pureza ingenua y la sencilla amistad de los años escolares; el poeta descubre su ingratitud para el pasado terruñero, límpido y apasible, rico en bellezas que dan dulzuras, como sus mieles montaraces al niño andariego por las quebradas de cristalinas corrientes o por las obras de sierras rumorosas.

No puede el vate tolerar esta volubilidad y con tono amistoso le reconviene luego de relatar este episodio:

«Está tan cambiada que ayer por:

[la calle
Cruzó junta al Gringo
y solo porque este le gritó ¡Nenena!
airada le dijo: «No sea atrevido».
Y le dice, entonces:
«Parece mentira que eso hubieses hecho,
lan luego muchada con el pobre Gringo,
el mejor amigo que tuvimos todos
y el que más te quiso;

Medita Nenena que mañana puede
hacer que tropieces de nuevo el destino.
Y quien sabe, entonces, si mañana
[encuentras
otra vez el Gringo que cargue contigo!

Simois, al mismo tiempo que describe un bello cuadro de nuestras correrías del tiempo de la escuela, porque todos tuvimos amigos Gringo, rengos Araujos, etc. revela la consecuencia y firmeza de su afecto: terruñero, rebelándose al constatar la ligereza de los corazones por muchos de los que resbala lo que debe ser permanente en la vida: el recuerdo afectuoso de la infancia en donde arraigan todas las fuerzas más espontáneas de la personalidad.

«CALLE BRASIL, CALLE LARGA...»

«Nenena» es una estampa amable de la aldea en donde los afectos y la sencillez hacen de todos una familia grande.

Mas: Nenena es un personaje que aunque con sus pequeñas ingratitudes refluye simpatía y gracia.

El estilo de aquella composición, tan simple y tan clara está ajustado al motivo: simples y claros son los caracteres de los personajes que en ella actúan, simples y claros, son los juegos de aquellos niños pintorescos en sus travesuras de la escuela.

Bien. — Todo esto nos da el ritmo de una voz auténticamente lugareña.

Pero tenemos también al poeta Simois, en otro aspecto vernáculo, no moviendo ya personajes de carne y hueso sino animando a lo que parece inanimado; descubriendo alma en las cosas y poniendoles color y hasta voz y voluntad.

«Calle Brasil» una de las composiciones de Simois, exterioriza una bella conformación de espíritu.

En el desarrollo de esta poesía pone el poeta de manifiesto el conocimiento y comprensión que tiene de determinados problemas sociales que cobran aspectos más agudos por nuestra falta, muchas veces, de valor para ser en público verdade-

ros cristianos, en la acepción que tenemos del vocablo.

Toda Calle Brasil es un canto que vierte sereno optimismo y de un fondo rigurosamente humano, expresado en esa sencillez de imágenes y palabras peculiares de Simois.

Pero antes de apuntar rasgos y valores del poema leamoslo:

Calle Brasil

Calle Brasil, calle larga
como esperanza de pobre,
como mi triste esperanza..!

A veces, cuando te miro,
dás la ilusión que terminas
en donde descendiendo el cielo
a besar las cerrañas.

¡Calle Brasil, vivo unido
a tí por muchos recuerdos...!

En tí yo tuve una novia,
enfermiza y taciturna,
que mantenía secretas
confidencias con la luna.

Y en cierta noche lejana,
por mi honor y su cariño,
sostuve con un rival
una cuestión a cuchillo.

Calle Brasil, eres tú
como una mujer «perdida»:
de día resultas fea;
mas de noche te atavías
con tu vestido de sombras
y te tornas sugestiva.

Le haces guiños picarescos
con alguna lamparilla,
al silencio, que te ronda
desde las calles vecinas,
y te emborrachas de luna
hasta quedarte dormida.

Y por eso: porque eres
como una mujer «perdida»,
es que me siento tan tuyo
y és que te siento tan mía.

¡Calle Brasil, calle larga
como mi triste esperanza...!

Tratemos de encontrarnos con los principales conceptos del poeta a través de este trabajo tan simple y tan bello.

Calle Brasil, calle larga

como esperanza de pobre...

Y es verdad, nadie tiene tan honda y tan firme la esperanza como el desposeído.

No el desposeído de espíritu que ese por ser enfermo la piedad cristiana le dió el reino de los cielos: «bien aventurados los pobres de espíritu, dice el versículo.

Nos referimos, y el poeta también, al desposeído de las posibilidades. Al que al sentirse privado de los goces se va creando en su fondo la propia proyección hacia planos y objetivos que ansía lograr.

Por este proceso aflora la predisposición del alma del luchador hacia las metas más próximas como hasta los más altos ideales humanos, inclusive las religiones.

El hombre se siente impulsado por el entusiasmo creciente de la lucha que va clavando en su conciencia, punto de apoyos o responsabilidades que mantienen al individuo firme e indomable ante los fracasos que lo anularían como valor constructivo para la vida.

En algunos, esa forma de proyección que nace de lo hondo del espíritu y de la voluntad, se concreta en un sentido de superiorización propia y colectiva, simultáneas. En el caso de los reformadores, los creadores, de revoluciones o los grandes movimientos morales de la historia; en otros son motivos más próximos y en escala descendente hasta los motivos sensuales.

«Calle Brasil, calle larga
como esperanza de pobre...»

y luego agrega;

«como mi pobre esperanza».

Pareciera apuntar un desaliento en este verso.

Posiblemente sí; pero no por su condición o estado personal, que el poeta nunca es pobre. Tiene el corazón lleno de belleza y enchidos los ojos de colores que hacen de la vida un bien.

Sueña sí, con una forma de liberación como sueñan todos; aquellos que no disponen de las posibilidades.

Pero se reclama acá la liberación por el camino del Amor. Y no llegamos a esta convicción por vía de acertijo, pues el poeta, continuando, aclara conceptos que en cierto modo cobran valor central en la obra que comentamos.

Se refiere a la condición de inferioridad de la mujer caída, trance que

hiere el espíritu del poeta y lo mueve a piedad.

«Calle Brasil eres tu
como una mujer perdida;
de día resultas fea...»

La luz natural, la claridad del día que da vida a las flores y a los campos, y alegre a la naturaleza en las mil formas de su excelsa belleza, enseñan también sus escorzos y fealdades.

Y en el dualismo ineludible de tantas cosas de este mundo, vemos que también hay una luz en el fondo humano que da vida a las mil bellezas de nuestro mundo interior y que descubre y señala, además las deformaciones...

La fealdad de «esta» mujer perdida no está en sus formas físicas, que no interesan ante la emoción del poeta, sino en su falta de convención moral desde el punto de vista del prejuicio.

Magdalena aquella figura incrustada tan simpáticamente en la historia de Cristo, era como esta de la aldea de Simois una perdida en la cruz del prejuicio.

Pero llevaba en su interior, sobre su corazón elementos que puestos al servicio de una finalidad de bien dió para reivindicarse en esta tierra y para ganarse el cielo, según la concepción y convicción de los creyentes.

Bastó para salvarla la comprensión de Jesús; la mirada profunda de aquel hombre que conocía hasta en sus más reconditas profundidades el corazón humano.

Pues bien: ese es el concepto del poeta que habrá de ir quedando aclarado a medida que avancemos a través de esta composición tan bella que tratamos de bosquejar.

Además el poeta hace reaparecer en sus versos esta idea: la belleza existe allí donde haya una más definida y clara expresión de vida. Y será tanto más alta esta belleza — en el concepto gouyoniano del Arte — cuanto más extensa e intensa actúe para la vida anímica, abierta a las sugerencias o posibilidades del amor.

Esa proyección vital falta allí donde falta la fé, en cualquier sentido. Esa intensidad de vida está ausente allí donde el orden moral ha perdido su fundamento.

En la mujer este fundamento tiene arraigo en el pudor. Por eso decía un pensador francés que cuando la mu-

tiene arraigo en el pudor. Por eso decía un pensador francés que cuando la mujer pierde el pudor, no solo no lo recupera jamás, sino que ha perdido todo.

Pero volvamos al verso que comentamos.

El poeta acelerando el ritmo nos dice, como huyendo de ese roce, como arrojando un manto piadoso sobre esta fealdad moral:

«Más de noche te atavías,
con tu vestido de sombras
y te tornas sugestiva...»

La calle Brasil, motivo material del verso, digamos, cobra una extraordinaria y súa belleza en esta oportunidad por el giro emocional que tiene la metáfora, y por los claros oscuros que van dejando sus imágenes.

Hay una notable realidad en el trazo artístico al arrojar ese manto de sombras sobre la calle Brasil y sobre la mujer perdida que mueve un pensamiento o un concepto en el poema.

A ambas las viste. A la una con un manto de sombras que diluye sus fealdades edilicias pero crea sugerencias y misterios en cada uno de sus recodos, por donde se van perdiendo los ecos del duelo que

«En cierta noche lejana
—por mi honor y su cariño—
sostuve con un rival...»

A la otra también la viste.

Pone sobre ella, avasallada por el prejuicio, su comprensión, su amor, que tiene claridad samaritana, digamos así, en este soneto, también de Simois:

Mueve a piedad tu corazón hermano,
ante el dolor de la mujer caída
que en el calvario de su propia vida
bebe el vinagre del desprecio humano

No juzques torpemente su pecado
como la mayoría de la gente:
hallarás el perdón a su presente
tan solo con mirar a su pasado.

Y si pide el apoyo de una mano,
mueve a piedad tu corazón, hermano,
y extiéndele la tuya en hora buena...

Jusús de Nazareth, es más hermoso
cuando se deja unguir por Magdalena
que al curarle las llagas al leproso...!

Cuando terminamos de leer Calle Brasil, tenemos la sensación de verla moverse y suspirar hondo, porque tiene un

parecido extraordinario con la novia taciturna y enfermiza que desde su balcón de ilusiones, ha ido dejando andar, al paso de la luna, sus esperanzas...

Es esta una particularidad en la poesía lugareña de Simois. — Como mira SUS cosas de la aldea, a través de sus afectos, tiene el don de infundirle sus emociones y hacernosla, actuar como si tuvieran alma y vida.

Los motivos más simples, como son los de esta composición, cobran valor estético cuando la voz del poeta sabe infundirles sentimiento y emociones.

Cerrando estos bosquejos que venimos realizando de la poesía vernácula de Olinto María Simois, reseñaremos dos de sus composiciones de gran colorido y acentos lugareños.

Se trata de Las Cometas y Riverense.

Hemos venido señalando que Simois se distinguió en sus producciones por la limpidez de su estilo y la claridad con que pone en sus versos el pensamiento.

Hace un juego de forma verbal y concepto, absolutamente ajustados a nuestro medio, o a aquel su medio cuando escribió estas estrofas.

No hay que olvidar que la vida actual de Rivera, ha empezado a complicarse por razón de su natural progreso y de su cosmopolitismo.

En esta composición titulada Las Cometas, Simois describe un entretenimiento que en la aldea tuvo gran repercusión, no solo entre los chicos sino también entre los mayores, cada Semana de Turismo.

En el Cerro del Marco y en otros de estos cerros que se elevan a veces adentro de la ciudad y otras le hacen una fila de centinelas eternamente alertas, es costumbre aun levantar cometas durante los días de la referida semana y muy especialmente los Viernes Santos.

Este juego apasionó a nuestra juventud.

Se hacían verdaderos torneos multicolores y en el cielo del Cerro del Marco hubo más de un combate entre los «barriletes» y marimbondos», porfiándose cada uno por cortarse la cuerda que los sujeta a la mano del que los maneja.

En la cola de estas cometas, muy livianas y por lo mismo ágiles, se colocan hojas afiladas o trozos de vidrio que al rozar con el piolín adversario lo corta desprendiéndole la cometa.

Centenares y aun miles de personas, durante la semana santa se dedicaban a ese

sano y bello deporte que un día tendrá la Comisión Municipal de Fiestas y Espectáculos que organizarlo y reglamentarlo, para que nuevamente vuelva a tener su auge.

El poeta dice así en su composición:

LAS COMETAS

Sobre el Cerro del Marco
el cielo se ha tornado policromo
Una bandada extraña
de pájaros exóticos,
pone su ategre nota de colores
en la vieja tristeza del Otoño

¡Las cometas! Infantil pasatiempo,
infantil como hermoso,
que practica la gente de mi pueblo,
desde tiempos remotos,
todos los jueves y los viernes santos
con ingenuo alborozo.

¿Cual es el riverense que durante
esos días de ocio,
no se privó una tarde de la siesta
u olvidó sus deberes religiosos
y al Cerro del Marco se marchó con una
(«estrella»
o un «barrilete» de variados tonos?

¡Típica fiesta del solar norteño!

El pueblo todo,
olvidando prejuicios, participa
de ese hermoso torneo polícromo ..

Más allá de las sierras de la Aurora
se funde el día en una fragua de oro,
y tras el «Cerro del Caquero» surge
el disco blanco de la luna, como
una linda cometa hecha de plata
que se fuera elevando poco a poco...

Esta composición es absolutamente
objetiva y describe con ameno acento
emocional el cuadro.

Tiene un agradable juego de image-

nes que entra por los ojos transportando
a nuestro espíritu la belleza del juego.

«Sobre el Cerro del Marce,
El cielo se ha tornado polícromo,
Una bandada extraña
de pájaros exóticos,
pone su alegre nota de colores
en la vieja tristeza del Otoño».

Hay una extraordinaria justeza en la
descripción hecha con esta estrofa. La a-
comodación de planos de imágenes va
llevando al lector o a quien oye, en una
ascensión constante y cuando tenemos

lleno el cielo de pájaros exóticos, los proyecta con sus mil colores sobre el fondo de la «vieja tristeza del otoño».

En la otra estrofa da con belleza y gracia un rasgo de nuestro carácter cuando dice:

«Las cometas! infantil pasatiempo,
infantil como hermoso,
¡que practica la gente de mi pueblo,
desde tiempos remotos,
todos los jueves y los viernes santos
con ingenuo alborozo...!»

La sencillez del espíritu de su aldea

aparece colmada de emoción a través de este simple juego en donde se reunía la gente para reír y gozar de un ambiente sano.

Cuantos habrán de pensar y reafirmarse en aquello de que «Todo tiempo pasado fué mejor», al comparar la posibilidad de estas tardes de otoño con la agitada vida que hoy llevamos.

Pero no siempre el poeta se ha detenido en la captación objetiva para su verso. Califica también, y señala una evidencia de la vida social,

Dice así:

Este pensamiento, esta idea se torna dominante y principal en toda la composición, siendo el broche con que cierra la definición del carácter y espíritu de su pueblo que soñándose tan democráticamente, no tiene diferenciaciones sociales. Todos allí se juntan a través de sus risas, de su alegría; a través del aire común gozado por todos a través de la diafanidad de la tarde de otoño.

Y ahora, oigamos al poeta Simois en

RIVERENSE

Yo soy más, mucho más de Rivera
que el «Cerro del Marco»
Soy algo del «Puente de Raca»
y lo mismo del «Paso de Castro»
Me doy bien con la «Piedra Furada»;
con calle Brasil tengo tratos
y citas nocturnas.
Me saludo con todos los plátanos!

En los viejos fortines en ruinas
en mis tiempos de alegre muchacho,
hice más de un tiritito a la taba
y jugué mis partidos al «sapo».

Conoció a «Juan Barullo» de cerca,
Me dió con «Rasgado»
y la negra «Maria das Dores»
enseñóme a «bencer» el «quebranto»
y a cortar con el filo del hacha
los vientos más bravos,
Yo sé rezar «terços»

Llevé cuando niño,
escondida en el forro del saco,
«la oración de la puerta del cielo»,
que preserva de pestes y «daños».

Yo soy tan de este pueblo
que en los viernes santos,
bien remonto cometa o por «yuyos»
a las chacras me marchó temprano.

Si seré de Rivera, que el cura
que me hizo cristiano
empleó para ello del agua,—

según me contaron,—
de la «bica» que entonces habla
en las faldas del Cerro del Marco

La poesía vernácula, lugareño, se circunscribe a la definición de un estado mental y espiritual, del poeta vuelto hacia las cosas del lugar y a un estado mental y espiritual, de las cosas del lugar — que el poeta les pone mente y alma—y al hombre o al pueblo de la zona.

Cuando esa poesía define un espíritu o un carácter perfectamente diferenciado de los otros que lo rodean; cuando el ritmo y el acento de la expresión poética

es absolutamente propia de la región, es lo que se llama la poesía regionalista.

Este género de poesía, tiene personalidad propia porque tiene historia, concepto filosófico claro y sus evoluciones se realizan por propia transformación.

No tenemos nosotros una poesía regional.

Apenas contamos con poetas lugareños que para honor de Rivera tienen una extraordinaria originalidad y una entonación de voz que no ha sonado aun en otras partes de la República.

Simois, en Riverense, no sólo identifica su movimiento verbal poético al ritmo

ambiente, sino que sus ideas a través de las imágenes captadas por nuestras calles sombreadas por las faldas de nuestros cerros, tienen el colorido familiar que a veces pasan sobre la figura de un Juan Barullo que si se ha ido físicamente, queda reproducido en otros tipos que dejan adivinar su presencia.

Cuando abandona uno de estos personajes reminiscentes, como Joaquín «Rasgado», nos lleva de la mano hacia los alrededores de la ciudad y gozamos con él en los claro-oscuros de «Paso de Castro», a la sombra de la Piedra «Furada», y así nos vamos llevados por un cántico sereno hacia aquellos tiempos sencillos cuando aquella aldea hacia la transición a la ciudad de hoy.

El pasaje del pueblo niño hacia la ciudad modernizada que ya no cree en los Reyes Magos y que se ríe cuando alguna «Maria das Dores» quieren convencer que QUIEBRAN EL «QUEBRANTO» o aseguran que tienen la «oración de la puerta del cielo que preserva de pestes y daños...»

Todas estas supersticiones que van prendidas al alma de los pueblos nacientes y que remontando la historia nos dan sus caracteres y sus inquietudes, son la expresión de una vida intrascendente y que por lo mismo tiene su mundo propio de visiones y motivos poéticos.

El niño es así.—Tiene su mundo propio en donde encuentra una poesía que nosotros, los adultos, con el espíritu y la mente abiertos para un mundo más allá de nosotros, no la sentimos y lo que es más lamentable aún, hemos perdido, en la mayoría de las veces su recuerdo.

Llevé cuando niño,
escondida en el forro del saco,
la oración de la puerta del cielo...

¡Qué candorosa creencia, a través de esta estrofa, tan sencilla y tan clara.!

Parecía que el poeta, aprieta aun sobre su corazón, con fé fervorosa el doblado papel escrito con tinta desmayada por el calor del cuerpo que iraspuso el forro del saco, que aprieta aun sobre su corazón el doblado papel en donde está siempre alerta y protectora la mano de su santo preferido que habrá de desviarle el mal que se le acerca por camino misterioso...

Todo Riverense, de Simois, es una

composición, costumbrista y acá tiene su enorme valor para la historia de la literatura de este terruño.

Inicia su composición el poeta con una descripción física del medio hablando del Cerro del Marco, del Puente de Raca, de la Piedra Furada, de la Calle Brasil, sus platanos y sus gorriones.

«Yo soy mucho más de Rivera,
que el «Cerro del Marco»
Soy amigo del «Puente de Raca»
Me doy bien con la «Piedra Furada»,
con la calle Brasil tengo trato
y citas nocturnas.

Me saludo con todos los platanos
y me dicen adiós los gorriones
que pueblan sus gajos...

Luego de esta ubicación en el espacio, luego de esta acomodación del panorama físico tan bien armonizado en sus rasgos geométricos y en su coloración de paisajes, interviene el poeta como uno de los personajes, y se va por los barrios para darnos después la descripción de ambiente.

Y dice así...
En los viejos fortines en ruinas
en mis tiempos de alegre muchacho
hice más de un tirlito a la «taba»
y jugué mis partidos al «sapo»

Y luego viene, desfilando, al paso rítmico de este verso tan claro, los personajes populares, las concepciones propias de aquel momento y algunas costumbres predominantes.

Son estos versos, todos los lugareños de Simois, de una característica y una conformación absolutamente optimista.

No podía ser de otra forma.
Volvió el poeta en íntimo contacto con su naturaleza y su espíritu identificado con ella, en sus colores y en sus paisajes; captó de su seno aquello que le es afirmativo para la vida.

Como consecuencia de esta disposición espiritual y mental, eligió también, como personajes a quienes no tuvieron un sentido de derrota o de pesimismo.

Cada personaje de Simois, puede ser humilde, que lo son todos, pero viven plenos de vida, gozando de la naturaleza prodiga que los rodea y los enmarca.

Pero, de todos, absolutamente, refluye vida, esperanzas y esa belleza de la sencillez...